

## Accésit

Raúl Vicente Pérez

### ***Morirás como Carrato***

*En los pueblos del Campo de Daroca la tradición oral mantiene vivo un dicho que dice:  
"Vas a morir como Carrato".*

*Cuando le preguntas a la gente de dónde viene, nadie sabe decirte su origen.  
Quizás (sólo quizás) ese origen sea consecuencia de esta historia.*

Cruza Lamberto Carrato el Coso todo lo rápido que le corren las piernas. Como se suele decir, tiene el corazón en la garganta. No tanto por la carrera, que también, si no por el suceso que acaba de vivir unas calles más atrás. Por momentos se veía preso. Se dirige ahora a la sede del sindicato UGT, en la zaragozana calle de los Estébanes, muy próxima a la plaza Sas.

Todavía no sabe cómo le han dejado libre los policías, una vez detenido por disponer de una pistola ametralladora. Confiscada el arma e identificado él, ha logrado que lo dejen marchar justificando que el arma está autorizada por el Gobierno Civil, siendo él persona de confianza del propio Gobernador y, ya no sabría repetirlas, que otras martingalas.

Comienza a apurar el calor en lo que va a ser otro tórrido día de verano. Es sábado, 18 de julio de 1936 y España está a punto de arrojarse al abismo de sus más absolutas miserias. Se están desarrollando los hechos que condicionarán la historia del país en las próximas décadas y, nunca sabremos en realidad cuanto, una parte importante de ese destino se está discerniendo en Zaragoza. El secreto a voces que se venía masticando desde la victoria de las elecciones de febrero del Frente Popular se había hecho realidad: una rebelión militar se había producido el día anterior en la ciudad de Melilla, extendiéndose rápidamente por el resto de las ciudades y cuarteles del Protectorado español de Marruecos. Queda la incertidumbre de saber con qué fuerza está siendo secundada en la Península. El golpe de Estado tantas veces cacareado en todos los debates políticos y asambleas sindicales ya está aquí, y hay que lograr pararlo como sea.

Entra Lamberto, desencajado, al local de la UGT. No había pasado nunca de la puerta, pues él pertenece a la CNT, pero sabe que allí van a reunirse los sindicalistas más destacados de la ciudad, una vez regrese la comisión enviada de su reunión con el Gobernador Civil, compuesta con delegados de ambos sindicatos.

Es la CNT para Lamberto, podemos decirlo sin miedo a la exageración, su primer hogar. Al menos en lo que a su formación personal se refiere. Ha

cumplido en junio los veinte años y desde que comenzó a trabajar con catorce en la fábrica de vidrios de La Veneciana, ha estado junto a su hermano Antonio afiliado al sindicato y participando de sus asambleas y acciones, ocupando en muy poco tiempo, a pesar de su corta edad, una posición destacada en el sindicato del Vidrio de la CNT primero, y en el conjunto de la organización zaragozana después.

—¡Aguarte Lamberto! ¡Y escucha un momento, hostia! En breve estarán aquí Abós, Arnal y otros compañeros. Sabes que vienen de reunirse con el Gobernador Vera Coronel, y entre todos decidiremos lo que hacer —le espeta un compañero a Lamberto, visiblemente alterado por la situación que a su entender se está creando.

—¡Tenemos que asaltar los arsenales cuanto antes! Necesitamos armas. ¿O es qué no veis lo que está pasando, lo que me ha pasado a mí hace un momento? La policía ya está tomando el control de las calles. ¡Si no reaccionamos rápido no podremos parar el golpe en Zaragoza!

Pero Lamberto destacaba siempre por su desaforada pasión, propia, decían algunos, de su descarada juventud y su total compromiso con los ideales libertarios.

Llegados los compañeros de su encuentro con el Gobernador Civil Vera Coronel, junto a otros dirigentes socialistas de la UGT y del Frente Popular, su mensaje a todos los sindicalistas reunidos es claro: “Podemos confiar en Vera Coronel y su compromiso de lealtad con la República en Zaragoza y Aragón. Zaragoza no se sublevará”.

—¿Y Cabanellas? ¿Qué pasa con el General Jefe del ejército? No podemos fiarnos de él. Nos jugamos demasiado —advierde Chueca, destacado sindicalista de la CNT.

Eduardo Castillo, *ugetista*, dirige su mirada entonces al anarquista Miguel Abós. Inteligente él, prefiere que se repliquen entre compañeros de su propio sindicato. Habla Abós, que es sin duda uno de los grandes pensadores de la CNT:

—Cabanellas tampoco traicionará a la República —le *respule*. Pero sus palabras, tan cortas, no parecen suficientes, y un silencio incómodo se congela por unos instantes en la sala, tan repleta de gente que algunas personas tienen que seguir el debate desde el pasillo que da acceso. Abós añade:

—Tenemos la palabra de Vera, el Gobernador.

—¡Miguel...! —exclama de pie Lamberto, tan rodeado de gente que apenas se pueden ver. En verdad prácticamente se le ha escapado el nombre de la boca. Respeta mucho a sus compañeros, y todavía más a los veteranos, curtidos ya en tantas otras batallas que les han costado poner sus huesos varias veces en prisión, pero no logra comprender tanta confianza en terceros—. Deberíamos armarnos. Si no, no tendremos capacidad de reacción —dice con humildad, casi apagando su voz, ante la impresionante atención de los presentes.

Miradas se cruzan por un instante en la habitación, cada cual buscando a sus afines. Hace un calor sofocante y el humo de los cigarros hace tiempo que ha sobrecargando excesivamente el ambiente. Castillo, sentado junto a Abós, se levanta de su silla y, decidido, rompe el momento:

—Camaradas... Hay que salir ahí fuera y explicárselo a todos los compañeros. Cada vez hay más gente en las calles esperando que les digamos algo. El tiempo apremia.

Y automáticamente las sillas suenan en su arrastre, todos se levantan y los que ya estaban de pie comienzan a salir por la puerta entre un sonido de voces cada vez más desordenado e ininteligible.

La suerte está echada.

## II

Vuela el sábado y todas las noticias lo hacen también en la misma dirección. El alzamiento militar ha comenzado a ser secundado en algunas ciudades de la Península, aunque desde las calles de Zaragoza es difícil saber con rigor cómo se están desarrollando los acontecimientos. La reunión de la mañana con los distintos líderes sindicales y políticos a su regreso de su encuentro con el Gobernador Civil ha caído como una losa en el sentir de sus correligionarios. Los republicanos, pero más especialmente los socialistas y anarquistas, la gente obrera más combativa y concienciada de lo grave de la situación, se reúnen en pequeños grupos y se mueven de una parte de la ciudad a otra, buscando la última información del momento. Lo hacen del mismo modo que se mueve un hormiguero cuando se ve alterado por una fuerza superior, con todas las hormigas buscando desordenadamente su misión sin terminar de entender muy bien lo que está pasando. Ese nerviosismo se palpa también en las fuerzas del orden, con camiones de militares moviéndose de aquí para allá y pequeños retenes en las puertas de los edificios más relevantes de la ciudad. Siguen instrucciones del Gobernador Vera Coronel, pero nadie sabe a ciencia cierta qué es lo que está pasando. No dejan de girar las saetas del reloj, y especialmente en los

anarquistas de la CNT se va acrecentando un sentimiento de no estar haciendo del todo lo correcto, que no es otra cosa que proveerse de armamento, apenas disponen de él, para convertirse en la fuerza coaccionadora que pare definitivamente el golpe de Estado en la capital aragonesa. Por sus experiencias de lucha, saben que si no dan ellos el primer paso no lo dará nadie. Pero, por extraño que parezca, en la CNT zaragozana hay una ausencia de liderazgo y fluida organización que está impidiendo dar ese nuevo giro en el devenir de los acontecimientos. Con alguna pistola, muy escasas en su número total, se van organizando en pequeños grupos para vigilar la evolución de los movimientos en los cuarteles, y se tratan de crear algunos hilos de comunicación con sus afines que ocupan puestos dentro de las diferentes fuerzas de seguridad, policía, Guardia Civil, militares y guardias de Asalto, para intentar poder anticiparse en caso de que la rebelión empiece a tomar forma en la ciudad.

Se va la tarde y un rumor comienza a coger fuerza. Sevilla, definitivamente, ha caído en manos de los golpistas. La violencia se está extendiendo por toda Andalucía y otras partes del país, como Barcelona y Madrid. El ambiente de las calles centrales de Zaragoza comienza a cargarse también de una atmósfera trágica. Se siente que algo va a pasar. Algo tiene que pasar.

En muy pocas horas los acontecimientos se van a precipitar, sucediéndose simultáneamente en distintos escenarios para confluir en una gran fuerza única, como si el estrechamiento de un embudo se tratara, hasta que todo ese fluido acelerado se libere en un barrido con una fuerza devastadora. El golpe va a llegar también a Zaragoza, y el destino de todo un pueblo, el aragonés, se decidirá en breve.

### III

Catorce años y ya Lamberto, que todavía no había dado el estirón, decidió junto a su hermano Antonio acercarse a las asambleas del sindicato del Vidrio de la Confederación Nacional del Trabajo. Tras su instalación, junto a su madre, tres hermanas y un hermano más pequeño en Zaragoza, hacía poco tiempo que los dos habían comenzado a trabajar en La Veneciana, una fábrica importante de la ciudad especializada en forjas, cristalerías y vidrieras, e inmediatamente los dos hermanos se sintieron seducidos por ese llamativo grupo de trabajadores que no desperdiciaba ocasión para soltar pequeñas arengas o repartir octavillas furtivamente por la fábrica, que igual pedían la abolición de la monarquía y el enfrentamiento a las fuerzas burguesas que un mayor reparto de los beneficios que generaban con su trabajo en la empresa. Entre todos, destacaba un hombre de mirada

limpia e inteligente, Florentino Galván. Y fue gracias a él que decidieron dar el paso de entrada al sindicato.

—¡Vaya, que sorpresa! ¡Si están aquí Antonio y Alberto! O Alberto y Antonio, que nunca os distingo —exclama Florentino, dibujando una sonrisa sincera al verlos aparecer por la puerta.

—Me llamo Lamberto, señor —dice el más joven, con la timidez de quien se sabe casi un niño, al ver que con su entrada en la habitación se habían convertido de repente en el centro de atención de esa media docena larga de hombres y mujeres que estaban allí reunidos.

—Sentaos aquí, maños —interviene Carmen Mingote, ofreciendo unas sillas vacías—. Y no hagáis demasiado caso a lo que os diga este hombre. No hay que tomárselo nunca demasiado en serio.

Las risas se generalizan en la sala.

—En eso tienes razón, Carmen. Ni yo mismo me tomo a veces demasiado en serio —le responde sonriente mientras se repiten las risas—. Bienvenidos compañeros. A partir de ahora, esta es vuestra casa y nosotros vuestros camaradas.

Y cambiando la mirada hacia los demás, se pregunta: ¿Por dónde íbamos?

Solo pasaran un par de años para que Florentino y Carmen se casen; por lo civil y sin ceremonia católica, como no podría ser de otra forma en su entorno, a pesar del disgusto para los padres de Carmen. Y pasará otro año más para que nazca su primera hija, Acracia. Su compromiso con la CNT continuará igual de íntegro el resto de sus vidas, lo que irremediamente les llevará al exilio francés. Será desde allí cuando muchos años después, en 1955, Florentino dejó escritas unas líneas en el periódico *cenetista* Solidaridad Obrera, que continuaron editando los anarcosindicalistas españoles desde París una vez perdida la guerra. El título: «Los hermanos Carrato, el Carbonerito y la barbarie falangista». El rescate de esas líneas ha sido el verdadero germen de este relato, que no pretende otra cosa que combatir la más injusta de las derrotas: la del olvido. ¡Cómo podían imaginarse Lamberto y Antonio semejante final en aquel día de verano de 1936! Pero volvamos a entonces.

Desde ese primer día en que fueron tan bien recibidos entre Galván y los suyos, los dos hermanos encontraron su motivo de vivir, y también de luchar, entre sus compañeros de la CNT hasta el punto de convertirlos en una extensión de su propia familia. Solo tres años después, en la insurrección de diciembre de 1933, los Carrato ya tendrán un papel

destacado dentro de la trepidante acción del anarquismo zaragozano. Ese compromiso los llevaría a la cárcel en varias ocasiones, consecuencia de la concatenación de sucesos que iban a ir tensando la vida política española durante esos años de utopía, represión y sueños de revolución. Su escuela podemos afirmar que se desarrolló en un marco absolutamente extraordinario, y su aprendizaje fue, sin duda alguna, a la par de los propios acontecimientos.

En 1936 Antonio, pero sobre todo Lamberto, con veintidós y veinte años, ya destacaban como dos respetados anarquistas aragoneses. Hasta que llegó aquel maldito 18 de julio. Mal día por otra parte para destacar... especialmente entre los tuyos, Lamberto.

#### IV

Se va escondiendo el sol, y con él comienza a caer la luz tras una de esas largas tardes de verano características del mes de julio. Pero no es sólo la noche lo único que se le viene encima al conjunto de España. El golpe de estado perpetrado por una parte del ejército va extendiéndose por las distintas capitales con diferentes suertes. En Zaragoza, la prudencia y confianza inicial que había acompañado a las diferentes organizaciones de izquierdas al principio de la jornada, se había ido desmoronando con el paso de las horas. Con los últimos rayos de sol, los líderes sindicales, profundamente preocupados por la situación, y haciéndose eco del nerviosismo de sus correligionarios, vuelven a verse con el Gobernador Civil Vera Coronel y, ahora sí, consiguen que este acceda a firmar una autorización para dar salida al arsenal de armas almacenado en la jefatura de policía. Como en otras grandes ciudades ya está ocurriendo, es imprescindible armar a los obreros para poder poner freno a los destacamentos de militares que se están alzando en armas.

Inmediatamente un grupo de militantes socialistas y anarquistas se desplazan hasta la Jefatura, pero una vez allí chocan con el Comisario Jefe de Vigilancia, Eduardo Roldán, que en un principio se resiste a abrir las puertas del arsenal. Cuando por fin la situación parecía desbloquearse, con el permiso telefónico del Director General de Seguridad emplazado en Madrid, un destacamento militar aparece repentinamente en la comisaría. Vienen en nombre del General Jefe de la V División militar, Miguel Cabanellas. Y su misión no es otra que evitar la salida del armamento y detener a los trabajadores allí reunidos. El Golpe es ya también una realidad en Zaragoza.

No son las únicas fuerzas movilizadas. Otros destacamentos militares, así como grupos de falangistas, comienzan a distribuirse por la ciudad

tratando de dominar los puntos más estratégicos. En algunos barrios comienza a haber choques de estas fuerzas armadas con obreros y vecinos, y comienzan a levantarse espontáneas barricadas por las calles para frenar su avance. Mientras tanto, fuerzas de la Benemérita y del ejército se personan en el Gobierno Civil armas en mano. Vera Coronel es destituido y detenido por la fuerza. El comandante de la Guardia Civil toma el cargo y, como primera medida, inmediatamente convoca a los principales responsables de las distintas fuerzas de seguridad, incluido el mencionado jefe de policía, el Comisario Jefe de Vigilancia Roldán. Una vez allí reunidos de urgencia, todos sin excepción ratifican su total y firme adhesión al Golpe, lo que rompe definitivamente cualquier equilibrio de fuerzas que pudiera poner freno a los sublevados. Con el cierre de filas de todos los cuerpos armados, tan sólo quedará decretar el Estado de Guerra en la ciudad para que las fuerzas represoras puedan gozar de total impunidad. Eso ocurrirá exactamente a las cinco de la mañana del domingo 19 de julio, y a partir de ese mismo instante en Zaragoza comenzará a desatarse una persecución ideológica que nadie entre las fuerzas de la izquierda había podido ni tan siquiera imaginar. Empezará una auténtica cacería.

## V

Faltan sólo unas horas para las cinco de la mañana. La sublevación militar en la ciudad avanza y varios miles de personas se amontonan en la plaza San Miguel frente a la sede de la Confederación Nacional del Trabajo. No es extraño. Zaragoza, denominada en España entre los suyos como «la perla anarquista», reúne casi veinte mil afiliados a la CNT. Y no sólo es el número en sí, extraordinario para una ciudad media como la aragonesa. Es el compromiso con el que todos esos trabajadores habían hecho crecer el sindicato. Un esfuerzo de lustros, en tantas ocasiones llevado al extremo, que había logrado difundir el ideario libertario a través del anarcosindicalismo, a pesar de tantas trabas, penalidades y cárceles recibidas a cambio.

Corren como la pólvora las noticias de los diferentes destacamentos armados distribuyéndose por la ciudad y sus enfrentamientos con los trabajadores. Sin armamento saben que es imposible hacerles frente. Por todo ello, la plaza es un clamor. Cientos de voces y gritos conforman un murmullo ininteligible en el lugar. Grupos y más subgrupos se conforman en función de su cercanía y confianza. Los rostros más conocidos del Comité Regional del sindicato, como Abós, Arnal, Canudo o Chueca, se han diluido entre una multitud que demanda armas. Pero los diferentes arsenales que se reparten en la ciudad están ya bajo poder de los facciosos.

De entre tantas voces, una de ellas comienza a destacar, a modo de discurso, aprovechando que ha podido tomar una posición de altura sobre los demás.

—¿Quién es? —pregunta uno, al no reconocer en él a ninguna de las personalidades más destacadas.

—Es Carrato, del sindicato del Vidrio —le contesta otro, mientras alrededor se pide silencio para lograr escucharle.

—¡CAMARADAS! —exclama con fuerza Lamberto—. Con dolor vengo a manifestaros que la situación en toda España es muy delicada —continúa—. El movimiento militar fascista está siendo impulsado por los traidores de Franco, Queipo de Llano, y otros de igual calaña que pretenden estrangular para siempre la libertad y el progreso del pueblo español. También en Zaragoza se ha rebelado el general Cabanellas.

—¡TRAIDOR!, ¡TRAIDOR! —gritan diferentes voces entre la multitud. Carrato toma aliento y continúa:

—Las armas que el Gobernador había prometido entregar al pueblo, en estos momentos están en poder de los traidores. El Jefe de Asalto, que ofrecía ser la persona de más confianza entre las fuerzas armadas, también se ha vendido a Cabanellas. Han encarcelado al Gobernador; y seguidamente declararán el Estado de Guerra.

—¡Necesitamos armas! —clama una voz, seguida de la aprobación popular. Lamberto responde:

—¡Camaradas! Los arsenales ya están en manos de los fascistas. Ante esta desventaja, los que tengan armas deben salir de aquí inmediatamente e incorporarse a su sitio, evitando a toda costa ser cazados por la policía. Nadie debe dejarse detener y responderemos con las armas que tengamos en nuestras manos. Así mismo, en Zaragoza y en todo Aragón declaramos desde este momento y con todas sus consecuencias la Huelga General Revolucionaria. ¡¡MUERA EL FASCISMO!! ¡¡VIVA LA LIBERTAD!!

La plaza bulle, con el ánimo repartido entre la estupefacción, la indignación y una terrible frustración de quienes no ven una salida clara a la grave situación creada. Vuelven el murmullo general y los corros, y poco a poco algunos grupos de trabajadores salen unidos en dirección a sus barrios. Lo que todavía no saben es que las pocas armas disponibles en seguida se van a mostrar ineficaces frente al gatillo rápido con el que se van a enfrentar a las fuerzas sublevadas una vez aprobado el Estado de Guerra. La oposición armada de los trabajadores en seguida va a ser desactivada, y

ya esa primera noche hay quien va a preferir huir de Zaragoza, vista la desigualdad de fuerzas.

Al amanecer del día 19, domingo, y a pesar de las escaramuzas y disparos que se puedan escuchar por los diferentes barrios, la ciudad ya estará bajo dominio del general Cabanellas y el conjunto de las fuerzas rebeldes. Los movimientos por la ciudad de los republicanos y sindicalistas se producirán ya en clave clandestina, evitando a toda costa ser descubiertos y detenidos por la infinidad de escuadrones armados que barren de forma constante las principales avenidas y calles de la ciudad, sin capacidad de respuesta armada por su parte. Las paradas de los viandantes son constantes, y cualquier duda, sospecha o resistencia por parte de cualquier ciudadano es motivo para su detención.

El lunes, primer día laboral, con el inicio a efectos reales de la huelga general, esta no va a tener el efecto deseado. Cabanellas va a permitir a los empresarios despedir a todo aquel trabajador que no se presente en su puesto, sustituyéndolo si es preciso por mano de obra militar o de las organizaciones derechistas. Así mismo, la huelga servirá para confeccionar las listas de todos aquellos que serán represaliados, especialmente cuando se demuestre su afiliación sindical. La magnitud del mecanismo de represión que ha comenzado a ponerse en marcha supera por mucho la capacidad de bloqueo que pretende generar la huelga revolucionaria, que se mantendrá durante unos diez días hasta volverse irrelevante. Han comenzado también las primeras redadas y detenciones domiciliarias, realizadas por policías, militares y falangistas, y lo que es peor, las primeras ejecuciones en caliente. La represión fascista no va a encontrar límites y las directrices que llegan desde los impulsores del golpe no titubean: toda aquella persona que se haya significado por sus ideales republicanos y de izquierdas, será susceptible de ser fusilada. En términos coloquiales, el motivo para su persecución y exterminio será tan sencillo como perverso: «por rojo».

## VI

«Pon-pon-pon». Suena la puerta con golpes rápidos, pero no demasiado fuertes. A los segundos vuelve a sonar: «Pon-pon-pon». Estamos en un piso de la casa número 7 de la calle Doctor Palomar, en Zaragoza.

—¿Quién es? —dice una voz de mujer, en tono bajo.

—Soy yo, madre —responde una voz, sabiendo que no será necesario decir el nombre para que la reconozca.

Se siente como se retira el pestillo y acto seguido la puerta se abre. La mujer, de mediana edad, tiene el miedo fijado en el rostro. Parece que ha visto un fantasma.

Lamberto cruza de prisa y Sixta cierra la puerta, visiblemente nerviosa. Echado de nuevo el seguro, se vuelve hacia su hijo y se abrazan con fuerza. Lamberto siente como su madre está temblando.

—¡Hijo! Pensaba que no te iba a volver a ver. Ayer vino la policía a buscaros a ti y a Antonio. Iban armados. Habían cortao la calle. ¡Creía que me mataban! Me amenazaron... —comienza a *chemecar*.

—No llores madre. Ahora tenemos que ser más fuertes que nunca. Antonio está bien, madre. Lo tienen bien escondido los compañeros del sindicato, pero es a mí a quien más buscan.

—Pero aquí no puedes estar, hijo. ¡La policía volverá a buscaros! Tienes que esconderte con Antonio. ¿Y Benjamín? Tu hermano pequeño, ¿dónde está? Fue a vuestra casa a veros... No ha regresau desde ayer.

Lamberto tiene que decirle a su madre lo que le ha venido a contar. Necesita valor.

—Madre... Siéntate y escucha tranquila. Benjamín tiene sólo 15 años. No le puede pasar nada, ¿entiendes? Es un niño —coge aire y continúa—. Ayer también vinieron los policías a casa. Serían los mismos que vinieron aquí. Al no encontrarnos ni a Antonio ni a mí, detuvieron... detuvieron a Benjamín, junto a José Ascaso.

La mujer parece noqueada, con la mirada fijada en los ojos de su hijo.

—¡Pero qué me estás diciendo, Lamberto!

—Lo soltarán rápido, madre. En cuanto vean que no sabe nada. Es un niño. Lo soltarán rápido.

—¿Sabes lo que se está diciendo, hijo? Lo sabes mejor que yo. Se oyen disparos por las calles. Aquí detrás mataron a uno ayer. Dicen que era anarquista, como vosotros. Y dicen que a los detenidos los están fusilando fuera de la ciudad.

Sixta se lleva las manos al rostro. No termina de creerse vivir dentro de semejante pesadilla.

—Madre... Tengo que irme de aquí. Es mejor que estés sola mientras Antonio y yo nos mantenemos escondidos. En cualquier momento soltarán a Benjamín y vendrá aquí, contigo. Júntate con mis hermanas y cuidaros los cinco.

—¿Y dónde te vas a esconder? Estos desgraciaos no pararán hasta que os cojan a todos.

—Son sólo unos días. Madrid y Barcelona han resistido al golpe. Y desde Cataluña ya vienen las milicias con todos los compañeros de Aragón a liberar Zaragoza. Vamos a aplastarlos, pero hay que aguantar un poco más.

—Lamberto —dice Sixta, que su cabeza no paraba de pensar mientras le hablaba su hijo. Sorprendentemente la mujer se ha rehecho y ahora se dirige a su hijo con serenidad—. Ve a casa del primo Eusebio. A él no le tiene fichao la policía. Habéis crecido los veranos juntos en Cerveruela. Y su madre la Raimunda y yo ya sabes que estábamos muy unidas hasta que falleció. Aunque seamos familia lejana, nos hemos querido y ayudau siempre en todo. —Se toma una pausa—. Eusebio vive en el Gancho, en el número 57 de la calle Boggiero. Eusebio Serrano Agudo. Vive con su mujer y un crío pequeño que no tiene el añico todavía. Los estuve visitando hace pocas semanas. Allí jamás te buscarán. Te cuesta diez minutos llegar, hijo. Pero, por favor... que no te cojan.

—No nos van a coger, madre. En pocos días vamos a acabar con estos fascistas, y otra vez estaremos todos juntos.

Lamberto le da un beso a su madre en la frente y se dirige hacia la puerta.

—Tengo que irme. Estar aquí más tiempo es un riesgo para los dos. No faltan los chivatos.

Y abierta la puerta, se vuelve hacía su madre, que permanece sentada junto a la mesa, y se despide con una sonrisa tan grande que pareciera no estuviera pasando nada.

—Te quiero.

Una vez cerrada la puerta, Sixta no volverá a ver nunca más a su hijo. Sin saberlo ninguno de los dos, aquella fue su despedida, aunque todavía falten casi dos meses para su definitivo final.

De aquellos dos detenidos del día anterior, Benjamín Carrato y José Ascaso, a José, hermano del que después sería presidente del Consejo Regional de Defensa de Aragón,<sup>3</sup> Joaquín Ascaso, lo fusilaron unos días

---

<sup>3</sup> El Consejo Regional de Defensa de Aragón, más conocido como Consejo de Aragón, fue el órgano del gobierno republicano creado para el territorio aragonés no controlado por los sublevados. Por iniciativa de los anarquistas, fue efectivo entre octubre de 1936 y agosto de 1937 bajo la ideología del comunismo libertario, lo que lo convirtió en una experiencia única en su tiempo.

después. A Benjamín, efectivamente, no se atrevieron a ejecutarlo y terminaron por soltarlo a los pocos días. Los que necesitaron para dar con Antonio, su hermano mayor, que fue detenido en la calle junto a su hermana Segunda cuando intentaban trasladarse de una casa a otra más segura.

Benjamín, durante ese tiempo fue sometido a diferentes interrogatorios que se alternaron con varios simulacros de fusilamiento para tratar de sonsacarle información sobre sus hermanos. Nada obtuvieron. Segunda, de 14 años, fue liberada al disponer los fascistas de un “trofeo mayor” como era Antonio. Antonio, por su parte, fue torturado y destrozado por dentro a base de ingerir aceite de ricino, y finalmente fusilado en el cuartel de San Gregorio, como tantos otros.

En Zaragoza, en esos primeros meses de represión sanguinaria del nuevo régimen de terror, sólo entre julio y diciembre de 1936, ha quedado constancia de la ejecución de 2.598 personas, muchas de ellas asesinadas sin saber ni siquiera el motivo de su condena. Una vez tiroteados y recibido el tiro de gracia, en las actas de defunción, para evitar el término de «fusilado», gustaban de utilizar el eufemismo «fractura en la base del cráneo».

## VII

Las dos columnas, compuestas por más de tres mil milicianos que salieron de Barcelona en dirección a Zaragoza a partir del 24 de julio, jamás llegaron a entrar en la capital aragonesa. Las fuerzas sublevadas, con el apoyo de su aviación, contuvieron a las columnas anarquistas unos kilómetros antes. La denominada columna Durruti, que avanzaba imparable por la margen izquierda del Ebro, fue detenida en Pina, mientras que la columna Ortiz, por la orilla derecha, corrió la misma suerte en Quinto de Ebro. Algo similar le ocurriría al resto de columnas que pretendían recuperar para la República las otras dos capitales aragonesas, de modo que, en pocos días, Aragón se vio literalmente partido en dos mitades con una línea cortando el territorio de norte a sur que dejaba a sus tres ciudades más importantes en el lado sublevado, con el frente de batalla definido solo a unos pocos kilómetros de las urbes.

Para desesperación de los izquierdistas que todavía permanecían escondidos en Zaragoza, el importante refuerzo de fuerzas fascistas que se produjo en la ciudad hizo que, para el gobierno republicano, Zaragoza dejará de ser una primera prioridad de conquista, así que la salvación de todos los perseguidos ya solo pasaba por dos opciones: mantenerse escondidos a la espera de la evolución de los acontecimientos, o evadirse

de la ciudad para lograr cruzar el frente y pasar al lado republicano. Muchos optaron por la primera opción, pero según pasaban las semanas y se hacía más difícil y angustioso permanecer ocultos, se hacía más fuerte el sentimiento de que la única vía de supervivencia real pasaba por la huida.

Aquel día que Lamberto se despidió de su madre, todavía no se dirigió a casa de Eusebio. Tardaría todavía algunas semanas en hacerlo, cuando la sensación de peligro era tanta, que ya solo era posible sentirse seguro en familias que no tuvieran ninguna significación política ni relación familiar cercana con los perseguidos.

Eusebio, conocida la situación desesperada de Lamberto, accedió a esconderlo en su casa. Pero, con el paso de las semanas, la situación comenzaba a ser también comprometida para él. Hacía poco más de un año que había logrado sacarse una oposición en el Cuerpo de Carabineros,<sup>4</sup> y justo el alzamiento militar le había sorprendido casualmente con un permiso en Zaragoza. Con España partida en dos, su plaza había quedado en el lado republicano con el que simpatizaba ideológicamente, pero una vez consumado el Golpe en Zaragoza, el mismo se había convertido sin quererlo en un prófugo, pues de identificarse como militar, inmediatamente habría pasado a formar parte del ejército sublevado.

—Antonia, entiende la situación —se dirige Eusebio a su esposa en la cocina de la casa, tratando de que la conversación no llegue a oídos de Lamberto, que está sentado en el comedor—. No me queda más remedio que huir con Lamberto al lado republicano. Sabes por mi conciencia que no puedo luchar del lado de los fascistas. La mayor parte del Cuerpo de Carabineros y de sus oficiales se ha mantenido leal a la República, y yo es donde quiero...

—¿Y qué vas hacer, Eusebio? —le interrumpe Antonia visiblemente alterada—. ¿Dejarme aquí sola con nuestro hijo y el que está en camino? —se lleva la mano al vientre, visiblemente abultado bajo el vestido por su embarazo.

—Si me descubren, me van a llevar igual al frente. Eso si no se preguntan antes por qué no me he presentado voluntario durante todas estas semanas en vez de estar aquí escondido... ¿Entiendes lo que eso significa? Solo que duden de mi lealtad me meten preso o peor aún, se me llevan a Valdespartera. ¿Lo entiendes? Me matarán, Antonia. ¡Estos

---

<sup>4</sup> El Cuerpo de Carabineros era un cuerpo armado cuya misión era la vigilancia de costas y fronteras terrestres.

malnacidos me meten cuatro tiros y prau! Mira lo que están haciendo con los compañeros de Lamberto.

—Tú no eres anarquista.

—No. Pero tampoco soy un traidor.

La habitación se queda en silencio. Antonia se queda mirando hacia el cristal de la pequeña ventana que se asoma al patio de luces. Aunque en realidad sus ojos no miran a ninguna parte.

—Esta guerra puede durar años, Eusebio. No sé si podré soportarla sola. Los niños tienen que tener un padre —gira la cabeza hacia él—. No quiero ser la esposa de un desaparecido, de un *rojo*, que dirán las vecinas. Aunque no te maten... ¿Puedes parar cuenta del panorama al que me enfrentaría aquí sola? Imagina que se pierde la guerra.

—Vámonos todos. Son tres jornadas caminando de noches. Durante el día permaneceremos escondidos. Lo tengo todo pensado con Lamberto. Saldremos por Torrero, hacia el sur. Cruzaremos la Huerva por Mezalocha y después seguiremos el camino que hacía padre cuando traía el carbón desde los montes de Vistabella y Aladrén. Lo hice varias veces con él. Desde allí, cruzaremos a Herrera y pasaremos al lado republicano. Los anarquistas han instalado un cuartel en Azuara...

—¡Eusebio! ¿Te estás escuchando? —le interrumpe Antonia, que comienza a desesperarse oyendo lo que le dice su marido—. Estoy encinta, sabes que el embarazo no está siendo fácil y Progreso todavía no ha cumplido un año. ¡Es una locura hacer eso!

—No queda otra salida, Antonia. No queda otra. Y casi hablando para sus adentros, Eusebio sentencia:

—Hay que ganar la guerra.

## VIII

Eusebio y Lamberto descansan en el piedemonte de la sierra de Herrera de los Navarros. Han querido separarse de las zonas de cultivo, más frecuentadas por los labradores, para esconderse detrás de una pequeña cabaña que hace límite con el monte de carrascas. El enclave les permite estar poco visibles y disfrutar de una sombra que les ayude a conciliar el sueño, pero duermen poco.

La huida se está desarrollando tal como la habían planeado. Ya son dos las jornadas que llevan caminando a la luz de la luna, y una vez se ponga el sol, abordarán la tercera y más delicada etapa en la que tendrán que

cruzar el frente sin ser descubiertos ni por los destacamentos del ejército nacional ni ser tiroteados por error por los milicianos republicanos.

—¡Por cierto Eusebio! Que te vi torear un día en Zaragoza hace unos años. Me gustó mucho eso de «Eusebio Serrano, el Carbonerito» —sonríe con sorna Lamberto—. Aquello ya lo dejaste, ¿no?

—Ja, ja, ja. Sí. Le puse muchas ganas un tiempo, pero no era tan bueno como para poder dedicarme a ello. Al final tiré a lo fácil y me saqué la oposición en los Carabineros. Lo de “El Carbonerito”, pues ya sabes... Por la carbonería que tenían mis abuelos y luego mis padres. ¡Bueno! También estaba por ahí tu tío Balbino. Creo que él todavía sigue vendiendo carbón.

—Sí, sí, todavía sigue. ¡Ya sabes! Cerveruela, donde nacimos, pueblo de carboneros. Dejar de cocerlo en el monte para ir luego a venderlo a la capital. Ja, ja, ja. ¡Parece que no sabemos hacer otra cosa mejor los de Cerveruela! Pero, ¡aguarte! —continúa con el tono bromista— que tú eres más de Aladrén.

—Ja, ja. ¡Considera! Madre de Aladrén y padre de Cerveruela, que en paz descansen. Nacido en Cerveruela, pero criado primero en Aladrén, y después en Paniza. Aunque me conozco Cerveruela por lo menos tan bien como tú, que no sabías andar cuando yo ya me subía al cerro Batán y me bañaba en la Peña la Hiedra. ¡Pues no he pasado tiempo con los abuelos ni nada! “Los Capirranes” no somos plato menor en Cerveruela —dice Eusebio aludiendo al mote familiar en su pueblo de origen.

Lamberto se queda callado por un momento, hasta que rompe el silencio:

—No está lejos Cerveruela —dice ahora con voz seria—. Fíjate que el Santuario que tenemos aquí encima se ve desde nuestro pueblo.

—Tenemos que volver un día juntos. En cuanto ganemos la guerra iremos a celebrarlo comiendo en el río una buena caldereta de cangrejos. Con Antonia y mis dos chiquillos. Pero primero me parece que voy a dormirme un ratico, que esta noche tenemos que estar bien agudos con lo que venga —dice Eusebio antes de entregarse a un enorme bostezo.

—Tienes razón. Vamos a descansar un poco, que nos vendrá bien.

Pero según comienzan ambos a *acoflarse* ayudados de sus macutos, de repente, tres uniformados con gorra azul se aparecen por los dos laterales de la cabaña apuntándoles con sus fusiles:

—¡ARRIBA LAS MANOS! —les gritan. Al momento les siguen dos paisanos más, también armados— ¡Estáis detenidos en nombre de Falange! Si os resistís, os pegamos cuatro tiros aquí mismo.

## IX

Trasladados al pueblo y ante la amenaza de poder ser inmediatamente fusilados, Eusebio va a optar por una última maniobra de supervivencia: «Tengo buena amistad con el jefe de Falange de Paniza, Mariano Moliner, “el Virutas”. ¿Lo conocéis? Sería bueno para todos que lo pongáis al corriente de nuestra detención».

La artimaña había funcionado, y ahora Eusebio y Lamberto viajaban en un vehículo hacia el pueblo de Paniza atados de pies y manos para evitar cualquier posibilidad de fuga. Pero el éxito de la maniobra ya era otro cantar. Efectivamente, Eusebio conocía al cabecilla de la Falange en Paniza. Allí había vivido los suficientes años para poner caras y nombres a los vecinos, en especial a los próximos a su generación. Precisamente, hacía no más que un par de semanas que se había enterado en Zaragoza que Mariano, el que fuera hacía años hijo del alcalde y ahora carpintero (de ahí el mote “el Virutas”), era ahora el jefe de Falange en el pueblo. Mal indicador de su persona, pues Falange se nutría de los individuos más deshumanizados de cada lugar, sin problema ninguno para realizar el trabajo sucio de capturar y ejecutar a todo aquel que se considerase cuestionable por el nuevo orden.

—Mariano, ya están aquí los dos rojos de Herrera —le da aviso uno de sus correligionarios, que hacía a su vez de guarda en la puerta.

A la habitación entran, acompañados de otros falangistas armados, Eusebio y Lamberto todavía con las muñecas atadas entre ellas por la espalda.

—Vaya, vaya... Eusebio Serrano, “Capirrán”, también ahora conocido como “El Carbonerito”. ¿Cómo van esas capeas, Eusebio?

“El Virutas” permanece sentado detrás de una mesa, con algunos papeles sobre ella. En su primera impresión ya se le atisba una desmedida soberbia.

—Lo dejé hace unos años. Ahora soy carabinero. Saqué plaza el año pasado. ¿Y qué tal tus hermanas, Mariano? —pregunta Eusebio, tratando de crear rápido un vínculo de cercanía.

—Bien. La Eugenia con un crío ya. Como tú, por lo que me han dicho. —Eusebio confirma con la cabeza, observando como Mariano no tiene

intención de muchos circunloquios. —Mientras os traían he podido pedir informes vuestros a Zaragoza. Y no traes buena compañía, Eusebio. El señor Lamberto Carrato Beltrán —dice serio dirigiendo la mirada hacia Lamberto— es una pieza de caza mayor, tal como están las cosas. “Destacado militante de la CNT en Aragón”, pone aquí antes de un montón de cosas más. Detenciones, mítines, huelgas... ¿Es así?

—Es así. —Son las primeras palabras de Lamberto, que se mantiene tan serio como firme.

—Pues poco más hay que hablar —cierra la carpeta, y sin más preámbulos, resuelve—. Se os acusa de traición a España, y con el poder que se me atribuye yo os condeno a la pena capital.

—Mariano... —dice Eusebio- ¿No serás capaz de matarme?

—No. Yo no. Tienes mi palabra de que yo no te mataré. —Y tras una pequeña pausa, sentencia:

—Lo harán estos —refiriéndose al resto de falangistas que le acompañan en la sala—. Terminemos cuanto antes con todo este asunto. ¡Llevároslos! —ordena a sus subordinados, que obedecen inmediatamente agarrándolos de los brazos para dirigirlos hacia la puerta.

Cae la tarde en Paniza y los dos reos son subidos al mismo vehículo que los ha traído hasta allí. Otro auto se pone delante para hacer de guía en el corto itinerario que les queda por hacer. Salen del pueblo y se incorporan a la carretera en dirección a Valencia, o lo que es lo mismo, *cara* Cerveruela, nuestra pequeña aldea donde los dos vieron la luz por primera vez. Afrontan la primera recta que les aleja de las casas hasta alcanzar la primera revuelta importante a la derecha, situándose por encima de ese paraje conocido como “el Huerto el Cura”. Una vez perdida la visual con el pueblo, el primer vehículo frena y se para, aproximándose ligeramente al ribazo, haciendo lo mismo el segundo.

—¡Vamos! Tirar p'allí.

Los dos jóvenes son bajados del vehículo y dirigidos a un campo, aunque de inmediato son detenidos junto a un terraplén.

Parados, mientras los uniformados preparan las armas, Lamberto hará un último alarde de esa generosidad infinita que había caracterizado siempre a los suyos:

—Que me matéis a mí, que soy de la CNT, tendrá para vosotros su motivo, pero que matéis a este, casado y con un hijo pequeño, que nada tiene que ver con mi causa y que solo yo he involucrado en esto...

—Lamberto... —le interrumpe Eusebio—. No te esfuerces. Que está gente no tiene conciencia ni dignidad, fanatizados como están y sedientos de sangre. Jugamos, y ahora no nos toca más que saber perder.

Los dos se mantuvieron, hasta su último instante en pie, con una serenidad implacable; podría decirse que incluso ofensiva para los que tenían enfrente. Así lo reconstruyó el único vecino del pueblo que, escondido, fue testigo casual de todo el suceso. Cuesta hoy entender tanta entereza y dignidad.

Cuatro disparos suenan al unísono a la entrada de la sierra, atronadores, hasta que se apagan en la distancia. Luego un disparo más, y otro. Unos segundos más tarde el motor de dos vehículos que se alejan. Y después ya nada. Sólo un silencio que duele.

### Epílogo

Lamberto Carrato y Eusebio Serrano se cree que fueron fusilados el 21 de septiembre de 1936. A día de hoy, 15 de octubre de 2024, permanecen enterrados en la cuneta de la carretera Zaragoza-Valencia, hoy N-330, donde fueron vilmente asesinados.

En la actualidad se está trabajando para que sus restos sean recuperados durante 2025. Esta exhumación será posible gracias al hijo y a la sobrina de Eusebio, Luis Serrano, de 90 años, y Luisa Miralles Serrano, así como gracias a la sobrina de Lamberto, Ángeles Bisa Carrato.

Los restos, una vez identificados serán depositados en el cementerio de la pequeña aldea de Cerveruela, su pueblo natal, situada a pocos kilómetros de Paniza.

Por su memoria, por su dignidad.



*Lamberto Carrato Beltrán.*



*Eusebio Serrano Agudo.*

***Liena Marzal***